



Del rosa al rojo

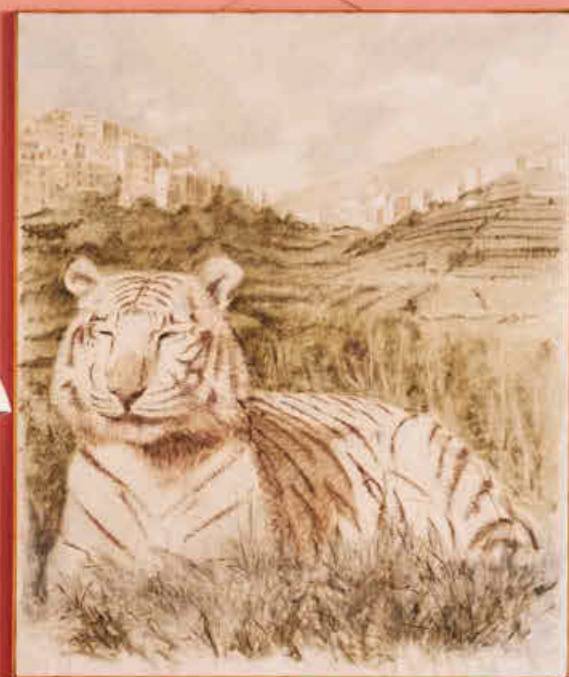
Resulta imposible resistirse al optimismo contagioso de la casa de IDA CORTI, en Milán. Una continua fiesta de colores, plantas y luz que consiguen un insuperable efecto de vacaciones todo el año.

—Vis Molina. Fotos: Stefan Gifftaler.
Realiza: Raquel Mejías.



En el salón, mesa de Dalila Formentini. El sofá se tapizó con un ikat mallorquín. El armario lo pintó Ida y el cuadro es de Pietro Ruffo. En la otra página, el suelo del dormitorio, pintado a mano.

“Cada dos años pinto la casa de un color diferente. Ahora le toca el rosa asalmonado. Creo que el próximo tono será violeta”




El rincón favorito de lectura de Ida, en el salón. Sobre el sofá, colcha y almohadones de Lisa Corti. Entre las librerías, a la dcha., cuadro de Angelo Barcella.





Sobre la mesa de la cocina, individuales de Lisa Corti y frutas de cristal de Murano. En el techo, lámpara danesa. El ficus Triangolare, detrás, lleva 40 años con ellos.



Ida Corti siempre va vestida con ropa de su marca, Lisa Corti, con estampados optimistas y colores vigorosos.

“El capricho de mi marido era tener mucho sitio para sus libros. El mío, conseguir una atmósfera de vacaciones, así que la llené de flores y plantas”



Sobre la cama, con ropa de Lisa Corti, tejido antiguo a modo de tapiz de la misma marca.

Una antigua fábrica de cristal de los años 20, en el corazón del barrio milanés de Brera, se ha convertido en el hogar de Ida Corti, directora artística de Lisa Corti, la marca de ropa y casa que fundó su madre a mediados de los 80. Después de una transformación integral, el espacio respira pura felicidad con paredes de color salmón, repletas de libros y plantas, con una estructura a medio camino entre un loft y una vivienda convencional. La historia de la firma que dirige nace de un anillo de compromiso vendido en una casa de empeños de Milán. El pistoletazo de salida para que Lisa Corti, madre de Ida, pudiera empezar su negocio hace más de sesenta años, en contra de las expectativas de su familia política, una aristocrática saga milanesa que no veía con buenos ojos

a esa joven independiente y alternativa recién llegada de África y con unos orígenes poco convencionales. Los padres de la Lisa, toscanos y de origen muy humilde, emigraron a Eritrea en busca de fortuna; un país africano en la frontera de Etiopía y Sudán que fue colonia italiana entre 1890 y 1947. Allí nació y vivió Lisa, hasta que a los 18 años se trasladó a Milán junto al que sería su marido, un noble y acaudalado milanés que cruzaba África a menudo cuando viajaba a China para comprar porcelanas que luego vendía en Londres. En Eritrea se enamoró perdidamente de Lisa (quien nunca había pisado Europa) y terminaron casándose en Milán. La nostalgia por la luz y la vitalidad africanas, junto a su talento artístico, la animaron a empezar a diseñar tejidos donde reflejaba los colores de África y rendía homenaje a su infan-

cia, libre y feliz, corriendo descalza bajo las acacias, envuelta en chilabas de algodón. Con el dinero conseguido en la casa de empeños contrató a una modista que cada mañana iba a su casa y confeccionaba la ropa y complementos para la casa que Lisa dibujaba. Eso le ayudó a construirse un mundo propio, que le recordaba a su querido continente.

“La historia de esta marca, que nació en la cocina de una casa milanesa y que hoy vende en todo el mundo, podría servir como germen de una novela de Isak Dinesen”, comenta Ida, la única hija del matrimonio Corti y CEO y directora artística del negocio desde 2006.

Nos recibe en su luminosa casa, donde vive junto a su marido, profesor de Economía de la Facultad de Sciences Po de La Sorbonne y de la Facultad de Milán, y dos hijos veinteañeros que vienen y van.

Ida pasó su adolescencia entre Londres y Nueva York, y después de licenciarse en Bellas Artes e Historia del Arte se instaló en Roma, donde trabajó unos años en la industria del cine, como directora de producción. Hace treinta años regresó a Milán, donde se casó y tuvo a sus hijos, y decidió entonces dejar el cine porque le resultaba muy difícil conciliar. Así, se incorporó al negocio de su madre, convertido en toda una empresa textil.

Un día de hace más de veinte años, paseando por Brera, vio que la fábrica de cristal que siempre le había llamado la atención, se había quedado vacía. Compró uno de los pisos y decidió instalar allí su casa familiar. “La parte técnica de la remodelación nos la hizo un arquitecto, pero todo el interiorismo lo hicimos entre mi marido y yo. Enseguida nos dimos cuenta del enorme potencial que nos ofrecía la orientación y las ventanas de grandes dimensiones, así que tiramos las paredes y decidimos hacer una parte del piso abierta, como un loft (salón con varios ambientes, zona de trabajo, comedor y cocina) y la otra dividida en habitaciones y cuartos de baño. El único capricho de mi marido era tener muchas bibliotecas para ordenar bien sus libros; los tiene clasificados por orden alfabético, y el mío era conseguir una atmósfera como de casa de vacaciones, pero en la ciudad. Así que llené la casa de flores y plan-

tas, sobre todo tropicales, y cada dos años pinto las paredes de un color diferente, siempre un tono femenino y vital. Ahora es rosa, luego creo que probaré con el violeta. Antes fue vainilla. Es una casa alegre y muy vivida, que representa nuestro estilo de vida: aquí trabajamos, leemos y tanto nosotros como nuestros hijos recibimos continuamente a amigos y familiares sin grandes lujos ni protocolo. Me encanta la cocina y soy experta en improvisar”.

Cuando las reuniones son de mucha gente, Ida pone dos mesas, una en la cocina (separada del salón por una amplia cristalera) y otra en el comedor, y las viste con los manteles o los individuales Lisa Corti, diseñados por ella misma. “No sabría usar otros tejidos para mi casa, me parece que son perfectos para realzar cualquier vajilla y cristalería, sean modernas o antiguas, y crean un ambiente elegante y desenfadado. Y lo mismo me ocurre con la ropa que hacemos. Es totalmente atemporal, no cansa, no pasa de moda, te da un toque de estilo muy chic y además es intergeneracional: mi madre, de 84 años, y mi hija, de 24, siempre visten Lisa Corti, igual que yo”.

En los años 70 Ida y Lisa hicieron un viaje a India, las dos solas, que fue muy importante para ambas. “Mi madre reconectó con los colores y tejidos de su infancia, porque en los mercadillos locales de Eritrea abundaban los vendedores indios. Allí descubrimos todo el mundo artesanal de la India, que es amplísimo, y a nuestro regreso decidimos incorporar al ne-

gocio el trabajo con artesanos de ese país, que todavía hoy son los que nos hacen la estampación de los tejidos, con una técnica de impresión manual en la que bloques de madera tallados se sumergen en colores diferentes y se presionan sobre la tela para imprimirla”.



Ida Corti en su mesa de trabajo esbozando los diseños que estamparán la próxima colección textil.

Desde entonces Ida supervisa directamente la producción en India, donde pasa seis semanas en primavera y seis en otoño, entre Jaipur, Delhi y Calcuta. Ese espíritu ecléctico y viajero de la familia Corti se refleja en la casa familiar donde se mezclan en alegre desorden anti-

güedades procedentes de la rama paterna, cuadros pintados por artistas amigos, tejidos y almohadones Lisa Corti, alfombras indias, porcelanas antiguas y objetos de cristal de Murano. El suelo, de grandes lamas de madera, se pintó en color tiza en toda la casa, excepto en el dormitorio principal donde Lisa decoró el suelo a mano con dibujos florales, como si fueran mandalas”.

“Mi madre tiene un sentido del color muy particular y una habilidad especial para combinar flores y geometría. Siempre ha sido feliz con los pinceles. Ahora, a sus 84 años, tiene problemas de vista, pero de vez en cuando dibuja para la firma, aunque yo diseño la mayoría de piezas, salvo la ropa de vestir, que me ayuda una de nuestras diseñadoras. Para buscar los colores, me inspiro en la obra de Matisse y Rothko, a lo que añado cierto clasicismo que viene de mi pasión por el arte del Renacimiento”.

Terminamos la entrevista con un paseo por Milán, esa ciudad que se ha transformado en los últimos años: “Se ha vuelto muy dinámica y cosmopolita. Han llegado multitud de extranjeros a vivir y a hacer negocios, que enriquecen la vida cultural y contagian vitalidad a la atmósfera de la ciudad.

Me gusta comprobar cómo nuestra costumbre del aperitivo, se ha extendido a todo el que viene”. Así, Ida nos lleva por varias terrazas del barrio de Brera donde la vida palpita frente a un Aperol o un Prosecco acompañado de un delicioso plato de mortadela con pistachos. **T**

LA RUTA DE UNA MILANESA

Rataná: “Nos encanta su cocina tradicional y su delicioso jardín”. (Via Gaetano de Castilia 28)

Rigolo: “Comemos aquí los domingos con mi madre. Buena cocina y ambiente intelectual”. (Via Solferino, 11 Angolo Largo Treves)

Fioraio Bianchi Café y N’Ombra de Vin: “Perfectos para tomar el aperitivo”. (Via Montebello, 7 y Via San Marco, 2)

Pasticceria Sissi: “Para darte un capricho. Tienen dulces artesanales exquisitos y buen café”. (Piazza Risorgimento, 6)